

DOSIER DE PRENSA



TODO LO QUE SÉ SOBRE LOS DRAGONES

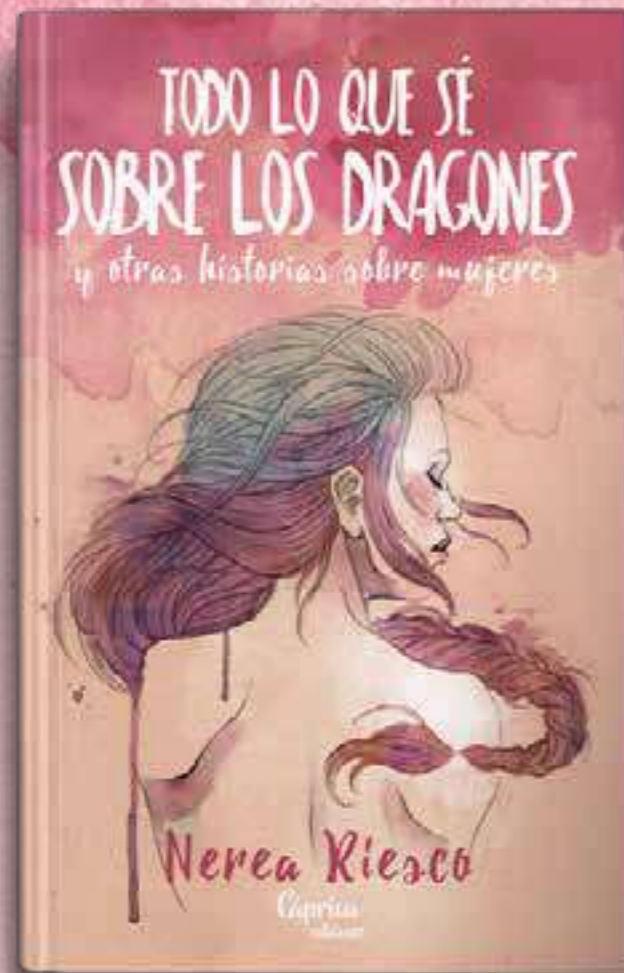
25 DE SEPTIEMBRE EN LIBRERÍAS

Contacto con la editorial: evapelayo@capricaediciones.com 942945141

Contacto con la autora: autora@nereariesco.com

Caprica
ediciones

TODO LO QUE SÉ SOBRE LOS DRAGONES · NEREA RIESCO



LIBRO BASADO EN LAS DIFERENTES ETAPAS Y CIRCUNSTANCIAS QUE PUEDEN ACONTECER EN LA VIDA DE UNA MUJER.

La obra se divide en seis partes que llevan por título: Sexo, Amor, Maternidad, Dolor, Aspiraciones y Madurez. Dentro de cada una de esas partes hay un grupo de relatos que se relacionan con esos temas, siempre tratados de forma sorprendente.

El libro pretende mostrar la variedad de pensamientos y formas de enfrentarse a la vida de las mujeres dependiendo del lugar o el tiempo en el que nacen y de los acontecimientos que les toque vivir.

La obra es en ocasiones erótica, a veces mordaz, otras ingenua... incluso puede que melancólica, como lo es en general la vida misma.

Nerea Riesco es una escritora muy interesada en los temas de género. Ha realizado investigaciones sobre la imagen de la mujer en medios de comunicación en la universidad y algunas de sus crónicas publicadas en el diario **El País** dejan constancia de estas inquietudes.

Colabora con diferentes **asociaciones de mujeres** con las que realiza encuentros en los que se organizan lecturas de sus obras.

Formato: 12,5x19 cm. tapa blanda con solapas
Páginas: 320
ISBN: 9788494781360
Género: ficción /relatos
Pvp: 16,90
Distribución: Logintegral

SINOPSIS:

Descubre a la escritora que ha emocionado a más de 200.000 lectores

«Mientras yo coloreaba uno de los mandalas relajantes de Amanda, un dragón alado se puso a revolotear por encima de mi cabeza y nada pudo hacer ella por asustarlo, porque consiguió acercarse a mi oído y susurrarme suavemente una verdad absoluta y necesaria para comprender los embustes de la vida».

- ¿Alguna vez te has sentido invisible a la vista de todos?
- ¿Cuáles son los límites del amor prohibido?
- ¿Has tenido miedo al rechazo?
- ¿Y tú, qué sabes sobre los dragones?



TODO LO QUE SÉ SOBRE LOS DRAGONES · NEREA RIESCO

NEREA RIESCO. Escritora y licenciada en periodismo. Nacida en Bilbao, reside en Sevilla desde los 18 años. Colaboradora de prensa, dirige y presenta el programa de radio Pasen y lean dedicado al mundo de la literatura.

En el 2002 publica su primer libro de relatos, Ladrona de almas y en 2004, El país de las mariposas. Su carrera se afianza en 2007 con Ars Magica, mezcla de novela histórica, novela negra y magia. El elefante de marfil (2010) es una historia de amor, aventuras e intriga en la Sevilla a finales del siglo XVIII. Su novela Tempus (2014) plantea una pregunta: ¿Y si tuvieras todo el tiempo del mundo y no fuera suficiente? Las puertas del paraíso (2015) nos sitúa a finales del siglo XV, cuando el cristianismo avanza implacable contra los llamados infieles, dispuesto a reconquistar Granada. Este 2018 publica Los lunes en el Ritz (Espasa) y Todo lo que sé sobre los dragones.

SUS OBRAS SE HAN TRADUCIDO A MÁS DE DIEZ IDIOMAS.

UN LIBRO NO SOLO PARA MUJERES PERO SÍ POR LA MUJER

“Todo lo que sé sobre dragones” es un libro que boga por la igualdad entre sexos, por eso su edición ha sido toda milimetrada para que gire alrededor del feminismo, nada se ha dejado a la improvisación. Su salida al mercado es el día 25 de septiembre, ya que el fin de semana anterior, exactamente el día 23 de septiembre se celebra el día mundial **contra la explotación y tráfico de mujeres**. Su impresión como indica el colofón del libro, finalizó el día 26 de agosto de 2018, celebrando que el mismo día del año 1920, en Estados Unidos **se reconoció a la mujeres el derecho a voto**.

Con este libro pretendemos no solo emocionar, y divertir al lector con una literatura exquisita de una escritora reconocida, sino también hacer una labor social a favor de las mujeres.



¿Y TÚ, QUE SABES SOBRE LOS DRAGONES?



TODO LO QUE SÉ SOBRE LOS DRAGONES · NEREA RIESCO

—El dragón ha vuelto —dije entrando de golpe, jadeante y febril, en la habitación de Amanda—. Creo que esta vez viene a llevárselo todo.

No pudo contenerse y me lanzó esa frase odiosa que ella sabía que a mí me repateaba.

—Te lo advertí. Te dije que los evitaras. Conseguirás que me atrapen también a mí.

Cuando conocí a Amanda yo tenía apenas cinco años y ella acababa de cumplir los dieciocho. Se había independizado para mudarse justo frente a la puerta del piso de mi madre. Trajo una maleta atiborrada de un aire *neohippie* sesentero que saltó al abrirla, y que se propagó por todo el vecindario, pintando margaritas en los ascensores y colocando luces con los colores del parchís en los rellanos. Incluso yo, con tan solo cinco años, acabé bailando al ritmo de su *Pick-Up* anticuado en esas largas tardes que pasamos juntos, cuando ella me hacía de canguro. Amanda pensaba en aquella época que iba a comerse el mundo pero ahora, diez años después, dice que en realidad el mundo se la ha comido a ella o, peor aún, que mis dragones se han comido su mundo.

Diga lo que diga, y pese a que el contacto conmigo la obliga a pasar mucho tiempo junto a los dragones, ellos siempre la han respetado. Amanda ha conseguido sortear su poder y continúa luciendo sus ojos negros repasados de *Kohl*, su pelo largo con raya al medio, sus faldas de cingara, su campanilleo de pulseras y esa dulzura pueril que en los primeros instantes atrapa a los hombres pero que del mismo modo acaba, con el tiempo, por hacerles huir despavoridos. Y es que hay pocos mortales valientes que quieran vérselas con mujeres excepcionales. Los dragones son muy selectivos, eso también lo sé, y deciden muy bien a quién hostigar. A Amanda no la molestaban.

Cuando yo era niño y sus amigos venían a casa, ella encendía barritas de incienso, ponía música de Jimmy Hendrich y entonces me decía:

—Vamos Carlitos, cuéntales lo que sabes sobre los dragones.

Y entonces yo les describía el tacto áspero de sus alas, el olor de su aliento ahumado, su mirada vidriosa... Les hablaba de su extraño interés por adentrarse en silencio en mi habitación y despertarme en mitad de la noche, a empujones si era preciso. Entonces los amigos de Amanda reían y se admiraban de mi peculiar manera de expresarme con tan solo cinco años, y Amanda, como si fuese mi madre, se ponía orgullosa por lo imaginativo y ocurrente que yo era, y no por lo singular de mi relación con los dragones. Y es que al comienzo Amanda no creía en ellos y solo al cabo de un tiempo, cuando vio las pequeñas quemaduras circulares con las que dejaban marcada mi espalda, lo entendió. Desde entonces se empeñó en alejarme el mayor tiempo posible de mi casa, sobre todo cuando mamá tenía visita.

En ocasiones me quedaba a dormir con Amanda y eso me gustaba. Me deleitaba sumergirme en sus sábanas suaves y escuchar su voz de hada hasta que me dormía.

—Cuéntame de los dragones —me decía.

—Tienen diferentes formas... a veces gritan, a veces ni siquiera entran en mi habitación... otras veces me tocan...

—No dejes que lo hagan.

—Es que son muy grandes.

—Cuando vengan los dragones, te vienes corriendo a mi casa. La llave está debajo del felpudo. Promé-telo... —me decía señalándome amenazadoramente con el dedo—. ¡Pro-mé-te-lo!

—Te lo prometo.

Y así me quedaba dormido, empapado del aroma a vainilla de su cabello negro.

Pese a que Amanda tendía a preservarme de los contactos con los dragones, yo ya lo sabía todo acerca de ellos y era capaz de recitar de memoria sus distintas especies, su hábitat predilecto, costumbres alimenticias... Podía distinguirlos por el sonido de sus pasos, por el olor que desprendían al entrar en mi casa, podía adivinar de dónde venían y hacia dónde se irían. He de reconocer que sentía por ellos cierta fascinación, algo que en el fondo era una atracción mutua. Yo era un imán para los dragones. Si había algún

TODO LO QUE SÉ SOBRE LOS DRAGONES · NEREA RIESCO

dragón en cien kilómetros a la redonda, irremediadamente se sentía atraído por mí. A veces los dragones no eran tan malos, se contentaban con dejarse acariciar por mi madre y me dejaban en paz. Yo los escuchaba hipar y murmurar desde mi habitación. Pero en otras ocasiones se ponían violentos y me atacaban, convirtiendo algunas de mis noches en batallas de las que salía trasquilado. Fue en una de esas ofensivas cuando perdí mi primer diente mientras me comía un bocadillo.

—Me ha atacado el dragón —le dije a Amanda abriendo muchísimo la boca y enseñándole el hueco mellado—. No me ha hecho daño —exclamé haciéndome el machito.

—Pues vendrá más veces y con tus dientes se hará un collar —aseguró mientras me pellizcaba la nariz—. Un collar de dientes de Carlos.

—Yo quiero un collar de dientes de Amanda —murmuré.

Ella tuvo razón. El dragón no paró hasta conseguir arrancármelos todos; aunque afortunadamente me salieron otros. También fueron dragones los que me aporrearon en el patio el primer día de colegio. Amanda solía espantarles con el cascabeleo de sus pulseras, pero cuando ella no estaba, regresaban con fuerzas acrecentadas y me las hacían pagar todas juntas por chivato, por contarle a Amanda lo que hacían conmigo. Un cinco de enero, mientras yo coloreaba uno de los mandalas relajantes de Amanda, un dragón alado se puso a revolotear por encima de mi cabeza y nada pudo hacer ella por asustarlo, porque consiguió acercarse a mi oído y susurrarme suavemente una verdad absoluta y necesaria para comprender los embustes de la vida. Aquella noche no dejé mis zapatos limpios en el alféizar de la ventana.

Fue otro dragón el que me ofreció por primera vez uno de esos cilindros ardientes y humosos, que me hicieron toser y toser hasta que vomité mi primera papilla... Y uno verdoso de raza nórdica fue el que me cambió la voz por otra más grave.

—No debería haberte hecho eso —dijo Amanda con cara de estar visitando a un enfermo—. Aún tienes ojos de crío. No quiero que te hagas mayor.

Más tarde otro, de un pescozón, me hizo crecer pelo en la cara, y uno anaranjado y sofocante fue el que provocó que me despertara en mitad de la noche con fogosos deseos de acariciarme a escondidas, algo que me dejó extenuado, confuso y avergonzado. Ni siquiera se lo conté a ella.

Pero esa mañana... esa mañana no pude ignorarle... y creo que Amanda también sabía que no podía hacerlo. Abrí su puerta con la llave que estaba debajo del felpudo y entré sin llamar en su cuarto. Estaba preciosa con su bata de seda china con dragones bordados y su pelo suelto acariciándole el nacimiento del pecho.

—El dragón insiste. Hace mucho que lo esquivo... hace mucho que me acosa... sé lo que quiere, y tú también lo sabes, ¿verdad? —le pregunté titubeando.

—Sí —murmuró Amanda, mirándome sin sorpresa. Como si me estuviera esperando.

Los dragones son unos animales imprevisibles que, poco a poco, van apoderándose de sus víctimas hasta que uno no sabe en dónde termina su propio ser y dónde comienza el dragón. Esa mañana yo había dejado de ser yo y era una especie de «yo» mezclado con mi dragón. Él llevaba tiempo instigándome desde lo más recóndito de mi alma. Escuchaba a todas horas, cada minuto, cada segundo, su voz sibilina, con ese aliento cálido y sulfuroso que hacía años había aprendido a reconocer. Seguí las instrucciones de aquel dragón obstinado, dejando que mis manos desabrocharan el nudo de la bata de Amanda, que mis dedos arrastrasen el elástico de su ropa interior... dejé que el dragón me indicara por dónde debía encaminarme... y ella no intentó alejarlo con el tintineo de sus pulseras, como hacía en otras ocasiones. Dejó que también la atrapase el dragón, rendida ante su poder abrumadoramente cálido.

Así es como vencen los dragones...

Pude verle feliz y triunfante, sobrevolando la cama de Amanda con sus pequeñas alitas traslúcidas, inapropiadas para su majestuoso tamaño, con el collar de dientes de Carlos rodeando su cuello mientras yo rodeaba mi lengua con el collar de dientes de Amanda.

WWW.NEREARIESCO.COM
WWW.CAPRICAEDICIONES.COM